

ACTUALIDAD DE LA MISION AD GENTES EN ESPAÑA*

La Conferencia episcopal Española en la Asamblea Plenaria de noviembre (28.11.2008) aprobó la Instrucción Pastoral “Actualidad de la misión *ad gentes* en España” preparada bajo la responsabilidad de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias. Es un documento importante, que se inserta en una serie de documentos de la Conferencia Episcopal Española, siempre muy solícita con la actividad misionera de la Iglesia, en sus diferentes situaciones, acompañando su reflexión y adopción de actitudes y resoluciones con el dinamismo de la Iglesia universal.

En el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española para el trienio 2002-2005 se encomendó a la Comisión Episcopal de Misiones la celebración de un Congreso Nacional de Misiones (celebrado en Burgos en septiembre de 2003), porque “se hace necesaria una reflexión teológico-pastoral de nuestras comunidades cristianas, para responder a los requerimientos de la prioridad del anuncio del evangelio en los nuevos ámbitos de misión”¹. De vez en cuando, en efecto, las nuevas situaciones sociales, culturales, eclesiales, teológicas y apostólicas plantean la exigencia de una renovada reflexión y actualización de actitudes, conducta y recursos a la Iglesia. La presente Instrucción quiere responder a la llamada del Espíritu.

La Iglesia en España tiene una historia misionera larga, intensa, generosa y eficaz, que ha contribuido a configurar nuestra forma concreta de ser católicos, de la que es necesario hacer memoria para dar gracias a Dios. El Papa Juan Pablo II con frecuencia nos lo recordaba desde un sentimiento hondo de admiración y de gratitud. Es a veces oportuno que alguien nos refresque la memoria de algunos capítulos de la historia para que la asumamos con mirada alta, que no es lo mismo que altanera, y con dignidad sin complejos, como hizo el Papa con ocasión del V Centenario del comienzo de la evangelización de América.

* Ponencia en las Jornadas de los Delegados Diocesanos de Misiones y Asamblea de Delegados Diocesanos de las OMP (Madrid, 19 de mayo de 2009).

¹ *Instrucción Pastoral*, 24.

Es un deber hacer mención de tantísimas personas (obispos, sacerdotes, religiosos/as, seglares) que han dejado una huella imborrable en esta epopeya misionera; de congregaciones religiosas, institutos misioneros, diócesis cuya impronta misionera es claramente perceptible; últimamente de nuevos movimientos y comunidades cristianas, y hasta familias en misión. ¡Cuántos embarcaron, cuántos murieron pronto, cuántos sobrevivieron en medio de innumerables peligros de todo orden, por ser fieles al envío de Jesucristo hasta los confines del mundo! ¡Cuántos trabajos, gozos y sufrimientos apostólicos! En este capítulo nuestra Iglesia tiene una trayectoria luminosa que nada ni nuestras limitaciones deben oscurecer. Recordar la historia misionera de la Iglesia en España, que pervive de muchas formas gracias a Dios en el presente, no es un ejercicio para cultivar la nostalgia, sino un poderoso impulso a la esperanza. La memoria cristiana, comenzando por la memoria eucarística, une el pasado, el presente y el futuro, la acción de gracias, la atención actualizada y el compromiso ante Dios. Es una memoria con gratitud para una esperanza con empeño laborioso, paciente e ilusionado. La memoria nos da temple, que significa entre otras cosas “fortaleza enérgica y valentía serena para afrontar las dificultades y los riesgos” (Diccionario de la Real Academia Española). El temple cristiano, que no es dureza ni insensibilidad, tiene como ingredientes la confianza en el cumplimiento de las promesas irrevocables de Dios, la paciencia humilde en las pruebas y el consuelo del Espíritu Santo con el gozo de la fe (cf. Rom 15,13). El temple se adquiere aunando memoria, actualidad y esperanza.

Ha habido situaciones concretas de la conciencia y vida eclesial, asumidas en su desafío y clarificadas con su iluminación por el Magisterio de la Iglesia, que están en la base de la presente Instrucción Pastoral: La exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), la encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 199), la Declaración *Dominus Iesus* (6 de agosto de 2000) y la *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización* (3 de diciembre de 2007) (ambos documentos de la Congregación para la Doctrina de la Fe). Hay una coincidencia que recuerda oportunamente la Instrucción: La invitación de Jesús “duc in altum” (rema mar adentro) (Lc 5,4), que en muchas ocasiones se desprende del contexto inmediato de la narración evangélica para convertirla en lema estimulante de la decisión y la esperanza, aparece desde el comienzo de la Carta apostólica de Juan Pablo II *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001), y cierra la encíclica de Pío XII *Fidei donum* (21 de abril de 1957), cuyo cincuenta aniversario es reciente. “Duc in altum” fue la invitación de Jesús dirigida a los discípulos a internarse en el mar y echar de nuevo las redes después de una brega

nocturna infructuosa; con las palabras de Jesús Pío XII invitó a asumir las nuevas condiciones de las misiones, introduciendo métodos nuevos, y a mirar principalmente a África; Juan Pablo II invitó a la Iglesia a entrar confiadamente en el horizonte del nuevo milenio, ya que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. La presente Instrucción hace suyas las palabras de Jesús a remar mar adentro.

El don de la fe exige que mostremos gratitud incesante por ella al Señor. O como dice la encíclica misionera de Juan Pablo II con una afirmación que ha hecho fortuna: “La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. *¡La fe se fortalece dándola!*². Y viceversa, el repliegue vergonzante del creyente en la privacidad encoge la fe, la apoca y debilita. “La misión *ad gentes* se convierte en expresión de una Iglesia forjada por el Evangelio de la esperanza, que se renueva y rejuvenece continuamente”³. Enviar misioneros en una situación de penuria vocacional no es irresponsabilidad pastoral sino ejercitar la esperanza de manera relevante, “esperar contra toda esperanza” (Rom 4,18). Hablar de misiones significa abrirnos a nuevos y dilatados horizontes; es ir más allá de lo inmediato y cercano poniendo la confianza en Dios.

Como supongo leída y meditada la Instrucción, me voy a limitar a hacer algunas reflexiones de carácter teológico-pastoral, que deseo puedan ayudar a situarla en su amplio horizonte. En cierta manera son algunas claves o líneas de fuerza que sustentan e iluminan los contenidos de la Instrucción; líneas que parten –como arrancan las cosas en la historia de la Iglesia: sin rupturas, volviendo a las fuentes, despertando la memoria, con atención a la misión confiada por el Señor en la situación actual- del riquísimo magisterio del Concilio Vaticano II. ¡Es verdad el Vaticano II continúa siendo como la brújula para la Iglesia en nuestro tiempo, también en su dimensión misionera! Comunión y misión fueron dos ejes del Concilio.

²*Redemptoris missio*, 2.

³Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, 64.

1.- *La Iglesia peregrinante es por naturaleza misionera*

La Iglesia es misionera, y por ello lo es todo cristiano y toda comunidad, no como un añadido opcional o un “plus”, sino por su mismo ser, que se despliega en la historia. Esto se expresa también en el paso del plural “misiones”, consideradas como realidades periféricas y objeto de generosidad particular, al singular “misión” como un envite fundamental y una tarea esencial⁴.

El Vaticano II en el arranque de grandes documentos, ha tomado su inicio y fundamento en la Trinidad santa; esto ha tenido lugar en la constitución sobre la Iglesia *Lumen gentium* (2-4), en la constitución sobre la divina Revelación *Dei Verbum* (1-4), en el decreto *Unitatis redintegratio* (n. 2) sobre la unidad de la Iglesia y el ecumenismo, y en el decreto *Ad gentes* (2-4) sobre la actividad misionera de la Iglesia. No ha procedido de manera ascendente como rastreando las huellas de Dios en la historia, sino a la luz de la revelación divina ha contemplado con fe y alabanza en su exposición la comunicación de Dios Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo. “La Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre”⁵.

La misión es como una cascada que parte del Padre, de su “amor fontal”⁶, de la abundancia de su amor, pasa por Jesús el Hijo encarnado y por la actuación del Espíritu llega a los apóstoles y demás enviados. En el Evangelio de San Juan es perceptible este movimiento de descenso a través de muchas expresiones. “Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor” (Jn 15,9; cf. 17,23). “Como tú, (Padre), me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo” (Jn 17,18; cf. 20,21). La misión va acompañada del amor; al envío precede la elección. Consiguientemente, los enviados por Jesús correrán su suerte, ya que el siervo no es más que su señor (cf. Jn 15, 18-24). Al acoger o rechazar los destinatarios de la misión a los enviados, acogen o rechazan a Jesucristo y en definitiva al Padre que está en el origen de la misión. No somos espontáneos sino enviados; no vamos por nuestra cuenta sino en nombre del Señor. La misión es un encargo recibido de Jesucristo a través de la Iglesia, que nos

⁴ Cf. Mi libro, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1988, pp. 79-80.

⁵ *Ad gentes* 2, Cf. *Apostolicam actuositatem* 2: “La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado”, ya que los seglares participan de la misión de la Iglesia, que ha sido convocada para ser enviada, que tiene su sentido y su dicha, su identidad más honda, en evangelizar. Ella existe para evangelizar (cf. *Evangelii nuntiandi* 14).

⁶ *Ad gentes* 2.

capacita para ir con confianza y nos otorga valentía y atrevimiento. Por tanto, es la causa de Dios la que obedientemente queremos cumplir, sin miedos y sin autosuficiencia.

Dios no es intimidad cerrada en sí mismo sino comunicación, más aún, *autocomunicación*, ya que se da El mismo en su revelación. Dios sorprendentemente para nosotros es amor misericordioso que se difunde, es compasión, salida de sí hacia nosotros.. Al enviarnos a Jesús nos ha mostrado su amor inefable (cf. Jn 3,16); y con el envío del Espíritu Santo pervive la oferta del amor de Dios en Jesucristo, llega hasta el corazón, puede ser acogida y ser asentada en nuestro espíritu y en nuestra historia. Dios no es distante, sino cercano, paternal, amor.

Por Jesucristo, a través de los apóstoles, semilla del nuevo pueblo de Dios y al mismo tiempo origen de los pastores autorizados, es decir, de los obispos que presiden la misión de la Iglesia, continúa ésta el recorrido por el mundo y por el tiempo hasta llegar a los confines de la tierra y al final de la historia⁷.

Por arrancar la Iglesia-misión de la comunión trinitaria, están íntimamente unidas en la Iglesia la comunión y la misión, de modo que escindirlas sería como destruir la naturaleza de la Iglesia. Cuanto más afiance la Iglesia su existencia en Dios tendrá mayor capacidad apostólica. “Fondear en la Trinidad no separa de la vida, sino que orienta a la unidad vivida en disponibilidad permanente y radical para la reconciliación”⁸. La Iglesia debe ser siempre ella misma, no “alterarse” sino permanecer auténtica, y por esto debe estar y vivir en constante movimiento misionero. Vivir obedientemente ante Dios y servicialmente para la misión no son dos movimientos contrapuestos ni sucesivos. Jesús fue el Hijo de Dios y para Dios y así fue el Emmanuel (Dios-con-nosotros) y el Servidor que entregó su vida para salvarnos. Para que la expresión “Jesús el hombre para los demás” sea adecuada, debe ser completada con la siguiente: “Jesús el Hijo de Dios”.

La Instrucción es muy explícita al respecto: “El Vaticano II ofreció el marco trinitario dentro del cual se expresa con claridad la mutua implicación de Iglesia y misión dentro de un proyecto salvífico que es universal... La misión de la Iglesia no es

⁷ *Ad gentes* 5.

⁸ K. Hemmerle, cit. en: *La Iglesia del Concilio*, p. 83.

más que el servicio a la misión de Dios realizada en la historia por el Hijo y el Espíritu”⁹. “Está llamada (la Iglesia) a salir de sí misma en un movimiento incesante hacia el mundo, para ser signo, instrumento, presencia del amor y de la salvación de Dios”¹⁰. La Iglesia debe anunciar lo que ha oído, lo que ha visto, lo que ha palpado del Verbo de la vida que se hizo carne para colmar el gozo y acrecentar la comunión (cf. 1 Jn 1, 1-4). El dinamismo misionero de la Iglesia manifiesta y prolonga la autocomunicación de Dios.

2.- *Tres situaciones de la misión cristiana.*

En el discurso sumamente lúcido, pronunciado por Juan Pablo II al Simposio de Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (11.10.1985), dijo entre otras cosas: «Se puede decir con toda propiedad que (el Concilio Vaticano II) representa el fundamento y la puesta en marcha de una gigantesca labor de evangelización en el mundo moderno, llegado a una encrucijada nueva de la historia de la humanidad, en la que tareas de una gravedad y amplitud inmensa esperan a la Iglesia. Según la inspiración original, el Concilio se proponía esencialmente “poner en contacto con las energías vivificantes del Evangelio el mundo moderno”»¹¹. Con toda probabilidad estamos en una etapa nueva de la misión de la Iglesia, que siempre está “in statu missionis”¹². No sólo sostiene misiones, ella misma por naturaleza es misionera. Pero afirmar que toda la Iglesia es misionera no excluye una misión específica y los correspondientes misioneros *ad gentes*. Por ello se puede decir que las misiones se integran dentro de la Misión. La Iglesia siempre tiene la misma misión de anunciar a Jesucristo como el Evangelio en persona; pero no se deben allanar las diversas situaciones en que se desarrolla la misión de la Iglesia, si no queremos proceder indiferenciada y confusamente.

La Encíclica *Redemptoris missio* ha distinguido, dentro de la misma misión de la Iglesia, tres situaciones diferentes, que modulan la misión eclesial según las circunstancias en que se desarrolla: *Atención pastoral a los fieles, nueva evangelización*

⁹ Instrucción pastoral 21. Cf. n. 22.

¹⁰ Instrucción pastoral n. 27. El amor de Cristo, que murió por todos, apremia a los misioneros a recorrer el camino del servicio evangelizador (cf. 2 Cor 5, 14-15).

¹¹ Cit. en mi libro *Iniciación cristiana y nueva evangelización*, Bilbao 1992, p. 23. Las últimas palabras están tomadas de la Constitución Apostólica de convocatoria del Concilio *Humanae salutis* de Juan XXIII.

¹² Cf. Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona 1994, p.123.

y *actividad misionera específica*; por supuesto, no es posible crear barreras ni recintos aislados entre las tres situaciones¹³.

Podemos descubrir la primera situación con los rasgos siguientes: Allí donde las estructuras eclesiales son suficientemente sólidas; donde la Iglesia desarrolla de manera razonable las tareas de predicar la Palabra de Dios, de celebrar los sacramentos y de ejercitar la caridad cristiana de forma también organizada; donde, sin dejar de ser evangelizada, puede ser diariamente evangelizadora con obras y palabras, aunque siempre de manera frágil, como corresponde a “vasijas de barro” (cf. 2 Cor 4,7); donde sin excluir crisis más hondas o superficiales, más transitorias o duraderas, puede proveer de ministros a los servicios básicos de la vida y misión de la Iglesia; donde tiene lugar la iniciación cristiana siguiendo los cauces habituales, aunque se introduzcan algunos cambios que anticipan seguramente otros mayores... se encuentra la Iglesia en la primera situación; pensemos en la misión en nuestras diócesis, sin perder de vista que nos hallamos también en la siguiente situación, como en una zona de “entredós”.

«Se da la situación intermedia (entre la caracterización por la actividad misionera y la pastoral), especialmente en los países de antigua cristiandad, pero a veces también en las Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio. En este caso es necesaria una “nueva evangelización” o “reevangelización”»¹⁴.

La expresión *nueva evangelización*, que adquirió pronto un favor generalizado, fue pronunciada inicialmente por Juan Pablo II en el contexto del V Centenario del comienzo de la evangelización de América, refiriéndose a la necesidad de actualizar la primera evangelización en aquellas tierras llevada a cabo en gran parte por misioneros españoles y portugueses. La necesidad de una nueva evangelización es una convicción compartida por nosotros y en esta onda nos estamos moviendo. El famoso libro del sacerdote H. Godin *France pays de misión?* (París 1947), del que se vendieron entonces en un solo año (1950) cerca de 100.000 ejemplares, puso nombre a una realidad

¹³ *Redemptoris missio* 31-34. *Instrucción pastoral* 41-44.

¹⁴ *Redemptoris missio* 33. La Gran Misión Continental que impulsó la V Conferencia General del Episcopado Latino-Americano y del Caribe, celebrada del 13 al 31 de mayo de 2007 en Aparecida (Brasil), y que poco a poco van poniendo en marcha aquellas Iglesias, es una versión de la “nueva evangelización”

necesitada de especial misión y vivenciada por muchos; la descripción de un mundo que se había ido formando fuera de la Iglesia impresionó profundamente al card. Suhard, arzobispo de París de 1940 a 1959 y le llevó a fundar la *Misión de France* con el apoyo de otras personas (J. Loew, Y. Congar...). También de nuestro país se pudo decir hace varios decenios que es un país de misión.

Hay, por fin, otra situación, de la misión de la Iglesia: *La misión ad gentes*, que tiene como destinatarios “a los pueblos o grupos humanos que todavía no creen en Cristo”, “a los que están alejados de Cristo”, entre los cuales la Iglesia “no ha arraigado todavía”, y cuya cultura no ha sido influenciada aún por el Evangelio... Esta actividad «se dirige a grupos y ambiente no cristianos, debido a la ausencia o insuficiencia del anuncio evangélico y de la presencia eclesial. “Se caracteriza como tarea de anunciar a Cristo y a su Evangelio, de edificación de la Iglesia local, de promoción de los valores del Reino. La peculiaridad de esta misión *ad gentes* está en el hecho de que se dirige a los “no cristianos”»¹⁵. Esta situación, a pesar de todas las limitaciones, no es la nuestra, que somos país de misión como necesitados de “nueva evangelización”. Si se pasan por alto estas diferentes situaciones queda desprotegida, olvidada o descuidada la misión *ad gentes*. Sin la misión *ad gentes* la Iglesia recortaría su dimensión misionera en su actuación ejemplar y referente primero.

3.- Reino de Dios, Jesucristo, Iglesia y salvación de los hombres

La encíclica *Redemptoris missio*, en el capítulo II (nn. 12-20), recuerda en orden a la misión las relaciones estrechas y constitutivas entre el Reino de Dios, la persona de Jesucristo y la Iglesia; el oscurecimiento de la verdadera conexión entre estas realidades fundamentales repercute muy negativamente en la concepción y realización de la misión cristiana en cualquiera de sus modalidades. “Las siguientes magnitudes no son contrapuestas: anuncio del Reino de Dios, seguimiento de Jesucristo, servicio a la humanidad y convocación de los cristianos. Cuanto más fiel sea la Iglesia a su tarea –

¹⁵ *Redemptoris missio* 34, A pesar de los olvidos, de los intentos de convertir en irrelevantes e incluso de los rechazos de las raíces cristianas de nuestra historia, no se puede negar que el cristianismo, junto con otros ingredientes como el grecolatino y el de la Ilustración, ha conformado nuestra cultura. ¿Los cambios radicales que estamos padeciendo en lo referente al matrimonio, la familia, la educación, el significado de la religión no están llevando a muchos ciudadanos al desconcierto y el caos?

anunciar a Jesucristo muerto y resucitado como “cifra” del Reino- tanto más servirá a los hombres y tanto más profunda será su comunión”¹⁶.

Es necesario conectar adecuadamente, según muestran los Evangelios, *Reino de Dios y Jesús*. El Reino de Dios es inseparable de la persona de Jesús, que es su mensajero, su presencia y su rostro. “Cristo no sólo ha anunciado el Reino de Dios, sino que en El el Reino mismo se ha hecho presente y ha llegado a su cumplimiento”¹⁷. “Al igual que entonces, hoy también es necesario unir *el anuncio del Reino de Dios* (el contenido del “kerigma” de Jesús) y *la proclamación del evento de Jesucristo* (que es el “kerigma” de los Apóstoles). Los dos anuncios se completan e iluminan mutuamente”¹⁸. Esta concentración del Reino de Dios en Jesucristo, que es su ministro por excelencia y en persona el Reino (Orígenes), en ocasiones se desfigura y se reduce por esta vía sustancialmente la misión de la Iglesia. “Se describe el cometido de la Iglesia como si debiera proceder en una doble dirección; por un lado, promoviendo los llamados “valores del Reino”, cuales son la paz, la justicia, la libertad, la fraternidad; por otro, favoreciendo el diálogo entre los pueblos, las culturas, las religiones, para que enriqueciéndose mutuamente, ayuden al mundo a renovarse y a caminar cada vez más hacia el Reino”¹⁹.

Además de la distorsión entre Reino de Dios y Jesucristo, se relacionan con frecuencia torcidamente *Reino de Dios e Iglesia*. «Asimismo el Reino no puede ser separado de la Iglesia. Ciertamente, ésta no es fin para sí misma, ya que está ordenada al Reino de Dios, del cual es germen, signo e instrumento. Sin embargo, a la vez que se distingue de Cristo y del Reino, está indisolublemente unida a ambos. Cristo ha dotado a la Iglesia, su Cuerpo, de la plenitud de los bienes y medios de salvación; el Espíritu Santo mora en ella, la vivifica con sus dones y carismas, la santifica, la guía y la renueva sin cesar (cf. *Lumen gentium* 4). De ahí deriva una relación singular y única

¹⁶ R. Blázquez, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, p. 86. Id. *Iniciación cristiana* p. 98: “Como en el camino de Jesús la acogida del Reino fue creando la comunidad de los discípulos, así en la historia de la Iglesia el servicio de Dios consolidará su vida interior. Jesús sí e Iglesia también, Reino de Dios sí y comunidad de los discípulos también, misión sí y comunión también”.

¹⁷ *Redemptoris missio*, 18.

¹⁸ *Redemptoris missio*, 16. Muchas veces se ha repetido superficialmente la expresión de A. Loisy “Jesús predicó la inminencia del Reino de Dios, y es la Iglesia la que ha venido” para subrayar la incoherencia entre Reino de Dios e Iglesia. Pero en realidad a medida que Jesús anunciaba el Reino y era acogido por los oyentes, se iba formando una nueva familia en torno a Jesús, su madre y sus hermanos (cf. Mc 3,31-35; Lc 8, 19-21. Cf. R. Blázquez *Jesús, el Evangelio de Dios*, Madrid 2ª ed. 2007, pp. 63 ss.; 106 ss. La Iglesia no nació al margen de la voluntad de Jesús, como subrepticamente.

¹⁹ *Redemptoris mission* 17.

que, aunque no excluya la obra de Cristo y del Espíritu fuera de los confines visibles de la Iglesia, le confiere un papel específico y necesario. De ahí también el vínculo especial de la Iglesia con el Reino de Dios y de Cristo, dado que tiene la “misión de anunciarlo e instaurarlo en todos los pueblos” (*Lumen gentium* 5)»²⁰. La Iglesia es comunidad de los discípulos de Jesús y también signo e instrumento, o de otra manera “sacramento” de la unión de los hombres con Dios y entre sí «Es en esta visión de conjunto donde se comprende la realidad del Reino. Ciertamente, éste exige la promoción de los bienes humanos y de los valores que bien pueden llamarse “evangélicos”, porque están íntimamente unidos a la Buena Nueva. Pero esta promoción que la Iglesia siente muy dentro de sí, no debe separarse ni contraponerse a los otros cometidos fundamentales, como son el anuncio de Cristo y de su Evangelio, la fundación y el desarrollo de comunidades que actúan entre los hombres la imagen viva del Reino. Con esto no hay que tener miedo a caer en una forma de “eclesiocentrismo”»²¹. La Iglesia es sacramento de salvación y por ello de genuino desarrollo humano

Sólo la debida relación de la Iglesia con Jesucristo, que es la “cifra” y la condensación del Reino de Dios, puede garantizar su servicio genuino a la misión recibida y su servicio salvífico y bienhechor a la humanidad. “El Reino de Dios no es una realidad genérica que supera todas las experiencias y tradiciones religiosas, sino que es ante todo una persona, que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible”²². “El anuncio del Reino implica, además, promover entre los pueblos la implantación de la justicia y los valores del Reino”²³; ante todo y como fundamento de todo incluye la redención y plenitud del hombre en Dios.

²⁰ *Redemptoris missio* 18.

²¹ *Redemptoris missio* 19. Cf. mi libro, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, pp. 84-86.

²² *Instrucción pastoral*, 39.

²³ *Instrucción pastoral*, 40.

4.- *Jesucristo, el único salvador de todos los hombres, y el diálogo interreligioso.*

El kerigma cristiano anuncia que no se nos ha dado a los hombres otro nombre que el de Jesús que pueda salvarnos (cf. Act 4,12). La confesión de la fe cristiana profesa igualmente que Jesús es el Hijo de Dios encarnado por nuestra salvación. Jesús es el único Salvador de todos los hombres; en el reconocimiento de Jesús como el Salvador escatológico, definitivo y universal, se profesa su condición divina.

Pero desde hace algún tiempo se han planteado también en el interior de la Iglesia católica interrogantes sobre esta singularidad de Jesús y adoptado posturas equívocas o rechazables, que en parte vienen condicionadas por el acercamiento de pueblos, culturas y religiones. Le encíclica *Redemptoris missio* formulaba las cuestiones en los siguientes términos: La misión universal de la Iglesia nace de la fe en Jesucristo. “No obstante, debido también a los cambios modernos y a la difusión de nuevas concepciones teológicas, algunos preguntan: ¿Es válida aún la misión entre los no cristianos? ¿No ha sido sustituida quizá por el diálogo interreligioso? ¿No es un objetivo suficiente la promoción humana? El respeto de la conciencia y de la libertad, ¿no excluye toda propuesta de conversión? ¿No puede uno salvarse en cualquier religión? ¿Para qué, entonces, la misión?”²⁴. Aquí ya se recogen los cuestionamientos dirigidos a la fe y a la misión, potenciados además por una mentalidad relativista. Ante los problemas surgidos estas intervenciones del Magisterio recuerdan los contenidos imprescindibles de la fe cristiana y del sentido de la Iglesia en el designio de Dios.

Hay incluidas en las preguntas formuladas por la encíclica y en otros lugares unas cuestiones que afectan a la realidad misma de la misión cristiana, a saber, sostener o sugerir que la salvación llegaría por diversos salvadores y diferentes vías de salvación, poniendo en duda la mediación salvífica universal de Jesucristo; y otras cuestiones que se refieren más al método y a la forma de cumplir la misión. La Iglesia propone el Evangelio y la fe, pero no los impone. Respeta el derecho a la libertad religiosa de toda persona sin ejercitar coacción alguna. La inmunidad de coacción se refiere tanto a que a nadie se obligue a obrar contra su conciencia como a que a nadie se impida que actúe

²⁴ N. 4. Cf. Declaración *Dominus Iesus sobre la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia* 4, publicada en el Año Jubilar buscando intencionadamente la relación entre las efemérides del 2000 aniversario del nacimiento de Jesús y la iluminación de los cuestionamientos planteados. *La Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización* de la Congregación para la Doctrina de la Fe fue hecha pública también con deliberada intención el 3 de diciembre, fiesta de san Francisco Javier, patrón de las misiones.

conforme a la misma conciencia en privado y en público, sólo o asociado, dentro de los límites debidos. La verdad posee su propia y peculiar fuerza para penetrar en el alma y ser acogida libremente por la razón y el corazón. Al mismo tiempo hay que afirmar que el Evangelio no se debe ocultar en el santuario de la conciencia o de la privacidad; al contrario, se debe proclamar con gratitud personal, con atrevimiento y valor, por el don recibido y con el deseo de que el don se multiplique, apelando siempre a la convicción razonada y libre de las personas. El Evangelio no se impone, ya que Dios mismo llama respetuosamente a las puertas de la libertad; pero no se propone indiferente ni cansinamente, ya que es el supremo valor que se ofrece a la persona. No es intercambiable con cualquier otra propuesta humana o religiosa, ya que el mensaje cristiano debe contener el anuncio de Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo y Salvador de la humanidad²⁵.

La Nota de la Congregación retoma las preguntas ya anteriormente formuladas según las cuales se debería renunciar al anuncio de Jesucristo y a invitar a la conversión y en su lugar se debería animar a que cada persona viva conforme a sus creencias religiosas.

He aquí las objeciones más salientes que recoge la Nota: “A menudo se piensa que todo intento de convencer a otros en cuestiones religiosas es limitar su libertad. Sería lícito solamente exponer las propias ideas e invitar a las personas a actuar según la conciencia, sin favorecer la conversión a Cristo y a la fe católica; se dice que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a su propia religión, que basta con construir comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad. Además, algunos sostienen que no se debería anunciar a Cristo a quienes no lo conocen, ni favorecer la adhesión a la Iglesia, pues sería posible salvarse, también sin conocimiento explícito de Cristo y sin una incorporación formal a la Iglesia²⁶. Se aprecia inmediatamente que la pluralidad de hecho ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, que se apoya en el convencimiento de que todas las posiciones son iguales. Esta postura puede llegar hasta la aseveración de que quien confiese “haber

²⁵ Cf. *Diálogo y anuncio. Instrucción sobre el anuncio del Evangelio y el diálogo interreligioso* (19 de mayo de 1991), del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

²⁶ *Nota*, 3.

recibido como don la plenitud de la Revelación de Dios, esconde una actitud de intolerancia y un peligro para la paz”²⁷

La respuesta dada por la Iglesia a esta postura sobre la misión universal recibida de Jesús es básicamente la siguiente: “Toda persona tiene derecho a escuchar la Buena Nueva de Dios que se revela y da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación”²⁸. “La plenitud del don de la verdad que Dios hace al hombre al revelarse a él, respeta la libertad que El mismo ha creado como rasgo indeleble de la naturaleza humana: una libertad que no es indiferencia, sino tendencia al bien”²⁹

He intentado presentar brevemente algunos núcleos teológico-pastorales de la Instrucción Pastoral sobre *Actualidad de la misión ad gentes en España*. Teniendo en cuenta la trascendencia de las cuestiones que últimamente se han planteado, se comprende la oportunidad del presente documento profundo, sobrio y claro. Cuando Jesús resucitado se manifestó a Pablo en el camino de Damasco (cf. Act 9, 3-6) o, como él mismo escribe: cuando Dios “se dignó revelar a su Hijo en mí para que lo anunciara a los gentiles” (Gál 1, 15-16), coincidieron en Pablo la llamada a ser discípulo del Señor y ser su apóstol. El encargo recibido por Pablo fue un acicate permanente en su vida, que le hacía exclamar: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1 Cor 9,16). En este dinamismo está insertada aquí y ahora la Iglesia en España: “La Iglesia ora y trabaja para que la totalidad del mundo se transforme en el Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo, y en Cristo, Cabeza de todos, se dé todo honor y gloria al Creador y Padre de todos”³⁰.

²⁷ Nota 10. Cf. n. 4.

²⁸ Nota 2. No es legítimo parar el proceso de maduración de cada persona en el encuentro con Jesucristo y la inserción en la Iglesia; y este proceso de maduración acontece tanto en la realidad misma de la fe y de la eclesialidad como en su expresión en medio de la Iglesia y de la sociedad. La fe tiene una historia en la vida de cada creyente. ¿Por qué no se va a ofrecer alimento al creyente para su maduración y, por falso respeto, se le va a dejar desnutrido o como en agraz? Si pasamos ahora a la situación de las confesiones cristianas y de las religiones en relación con la Iglesia católica, es oportuno recordar las líneas mayores. No se puede pasar por alto o confundir la plena incorporación a la Iglesia católica (cf. *Lumen gentium*, 14), vínculos de la Iglesia con los cristianos no católicos (cf. *Lumen gentium*, 15) y las diversas maneras de orientarse al Pueblo de Dios quienes no han recibido aún el Evangelio (cf. *Lumen gentium*, 16).

²⁹ Nota 10. “El testimonio de la verdad no puede tener la intención de imponer nada por la fuerza, ni por medio de acciones coercitivas, ni con artificios contrarios al Evangelio. El mismo ejercicio de la caridad es gratuito” (Nota, 12). La Iglesia ejerce la caridad por amor no por proselitismo. Pretender imponer la fe contradice su naturaleza; y negociar con el amor cristiano es negar el mismo amor

³⁰ *Lumen gentium*, 17